

C O N F E R E N C I A S

29 - ENERO - 1953

GUIPUZCOA.-País, Paisaje y Paisanaje

Ojeada sobre el mapa de Guipúzcoa. Variedad en lo uno.—Cómo mirad al paisaje.—Los tres caminos de agua:—Las tres zonas de altura.—Paisaje del Oria. Paisaje del Urola.—Paisaje del Deva. Los moradores.—Notas comunes y diferenciales.—Virtudes y lacras.—Beber o vivir.—La tierra y la máquina.—Paz entre chimeneas.

por

DIONISIO DE AZCUE

Amena en su forma y profunda en su intención y fondo, esta deliciosa charla fué expresada con todo cariño por nuestro estimado consocio don Dionisio de Azcue.

Su presentación en nuestra sala atrajo un numeroso público, que llegó con ánimo dispuesto a escuchar al "Dunixi" batallador de una vieja verdad siempre nueva en el ánimo de aquellos que, desde niños, aprendimos a discurrir por los caminos de la Naturaleza de nuestro pueblo.

Centrada su disertación sobre el paisaje y pueblo guipuzcoanos, el señor de Azcue consiguió cautivar la atención de sus oyentes en acertada visión de nuestra "diminuta Guipúzcoa", desde las cumbres de Aralar y Aitzgorri, de valle en valle, siguiendo el curso dominante de sus tres cuencas fluviales, hasta alcanzar el Cantábrico en el caprichoso dibujo de sus costas.

Delicado esteta, notable pintor del paisaje guipuzcoano, tiene interesantes interpretaciones sobre el suelo que estudia, llegando en su lirismo a pintarlo con sus frases como lo hemos podido admirar en sus cuadros, haciendo lírica

literaria con la maestría y mimo de su fina pincelada.

Profundizando en el alma de sus pobladores, agudo "euskeldun", analiza influencias y obtiene conclusiones que ameniza con la anécdota oportuna, inédita, o la observación jugosa y hábil que descubre al auditorio la realidad viviente de algunas reacciones.

La descripción que al final de su conferencia nos hace de "una mañana en la aldea", es todo un cuadro lleno de ambiente y profundamente evocador.

De cualquier lado que se la contemple, esta porción del País Vasco, nuestra pequeña y amada Guipúzcoa, que vamos a recorrer esta noche, un poco por encima y de prisa, ofrece, a quien la mira, aspectos de curioso interés. Aspectos cuyo relieve, a veces, se nos pierde de vista, a causa de la distancia que la indiferencia y el olvido interpone entre ellos y nosotros, y otras veces, por opuesta causa, se nos hace igualmente confuso cuando, debido a la excesiva proximidad del objeto considerado, ocurre el fenómeno de que "los árboles nos ocultan el bosque".

Vengo, pues, a invitaros, señoras y señores de la Ciudad que me dispensáis el honor de escucharme, o cruzar durante unos minutos, en una excursión imaginativa, la porción de tierra en que se asientan, hace miles de años, las raíces del linaje de casi todos los que estamos aquí reunidos.

Y, para trazar el itinerario, he tenido delante de los ojos el mapa de Guipúzcoa. Lo he extendido con devoción y lo he contemplado por largo espacio, interrogándole acerca de lo que esta noche os podía yo decir acerca de ella.

He considerado en silencio la imagen en relieve de la diminuta Guipúzcoa, representada en luminosa perspectiva, desde la Sierra de Aitzgorri al mar, y dejando rodar la vista y el recuerdo de valle en valle, de pico en pico, a lo largo de los tres caminos de agua que la surcan desde la divisoria, he tratado de interpretar un poco la fisonomía de nuestro rincón de mundo, escuchando lo que me sugerían la visión de su paisaje y el alma de sus habitantes, para charlar con vosotros esta media hora, mis distinguidos oyentes de la Ciudad, acerca de las notas peculiares de nuestra tierra.

* * *

La variedad es, en primer lugar, la nota distintiva del país de Guipúzcoa; una variedad, es cierto, sin fuertes contrastes, entre los diversos elementos que lo integran, pero tan rica como habrá pocas, en extensión tan corta de territorio. Variedad topográfica, variedad de producción, variedad idiomática, de costumbres, de tipos humanos, de humor, incluso, completamente definida de unas comarcas a otras. Toda esta variedad vive y palpita en un área de solar tan diminuta, que casi podríamos abarcarla en una sola mirada, lanzada en torno nuestro, cuando, desde la cresta del Ernio, del Izarraitz o del Aitzgorri, contemplamos, entre la línea de costa y la cadena del Aralar, toda la verde marea de sus montes.

Esta magnífica variedad guipuzcoana, armoniosamente complementada, constituye el decoro terreno sobre el cual planea con serena grandeza la unidad

espiritual de nuestro linaje, acusada por la fe milenaria y santa, indestructible, augusta y eterna del pueblo guipuzcoano.

* * *

Al considerar, en primer lugar, el aspecto estético de la visión de Guipuzcoa, van ustedes a permitir, a este pintorzuelo que les habla, introducir aquí, a modo de digresión, algunas ideas personales acerca del paisaje.

En el curso de los tiempos, y a través de civilizaciones, estados sociales y movimientos de ideas, el concepto del paisaje, definido como representación del mundo exterior, ha tenido, como ustedes saben, expresiones muy diversas. Entre un pintor—por ejemplo—entre un pintor greco-romano y un labrador de nuestros días, no se apreciaría diferencia notable en su desestimación absoluta del paisaje como elemento o sujeto estético. Para aquél, como para éste, la naturaleza insensible era algo así como un cero puesto detrás de las unidades animadas. Hombres y bestias era lo único que valía la pena reproducir en las obras plásticas y en las gráficas. Como elemento de aplicación ornamental, todo lo más se admitían simples y aislados detalles del reino vegetal. El campo, el ambiente, la luz, no pasaban de la categoría de realidades físico-utilitarias a la de motivos emocionales del arte plástico.

En el arte de la Edad Media vemos aparecer el paisaje, haciendo de fondo, bien simbólico, bien documental (historia, teología, ocultismo), del asunto humano, y enteramente subordinado a éste.

El Renacimiento no aporta demasiados progresos a la dignificación y a la libertad del paisaje. Bien es verdad que las formas de éste comienzan a vestirse de un incipiente realismo; pero, realismo, todavía enormemente distante de la realza del paisaje, considerada como valor independiente. Pueda asegurarse sin temeridad que el cien por cien de los fondos del paisaje de las obras maestras del Renacimiento, fueron pintados, y aun concebidos, en el taller; que en la media luz del estudio, el maestro trazó pintó de memoria el primer plano de sus fondos, constituido por las indispensables ruinas de un templo o un castillo, o por el puente romano, cubierto de la no menos indispensable hiedra; más allá, puso canónicamente las necesarias encinas negras, y al fondo, el cielo anubarrado, el clásico "cielo antiguo", un poco menos abetunado y opaco que las ruinas y la encina, y pintado todo ello con la misma paleta, naturalmente, de tintas sordas que le habían servido para el personaje.

Esta concepción arbitraria del paisaje, que aún duró todo el periodo llamado de la decadencia, acabó, al fin, por ceder el paso a una estimación más objetiva. Todavía, y del todo, no constituía la adopción del paisaje liberado. Me refiero a los brotes del periodo romántico. Aquí, el paisaje, constituía para el pintor un motivo de interés directo; pero, bien miradas las cosas, se observa que el pintor romántico, preocupado en traducir en la naturaleza los estados de alma del personaje del cuadro, pintaba una naturaleza que poco tenía de común con el "natural".

Hubo que esperar al nacimiento de la llamada "Escuela de Barbizon" para saludar en ella el alborar del acontecimiento formidable del impresionismo. Un trozo de naturaleza, sin más, constituía ya motivo bastante para construir un cuadro. Montes y árboles, nubes, aguas y rocas eran considerados pintables y pintados, en sí mismos, con interés y emoción de asunto independiente. Parecía aquello, después de mil años de tinieblas, la emancipación del aire libre.

Pera no lo era todavía por completo; porque hasta la segunda mitad del

pasado siglo, ¡hasta ayer!, continuó faltándole eso, precisamente, el aire libre viviente. La frase es de Eduardo Manet, uno de los caudillos de la revolución impresionista: "El principal personaje de un cuadro es la luz". Sentencia perentoria, sentencia de sectario, sentencia de iluminado iluminista. Pero verdad; aplicada concretamente al paisaje, una verdad fundamental, de cuerpo entero. Ya le costó lo suyo al movimiento impresionista, pero a poco, la luz, con toda la eficacia vivificante de la primera obra de la Creación, penetró en el paisaje, y a partir de entonces, lo empapó de su jugo inmenso y misterioso. Con la luz, con la primera luz, se vió el color donde hasta entonces sólo hubo claroscuro; hubo atmósfera donde sólo se veía espacio, y allí donde hasta aquel momento no había más que distancia fría, el impresionismo, con la introducción de la luz, convirtió la distancia en ambiente, y lo puso a vibrar. Esto sí, era el triunfo completo del aire libre.

Pero no hay por qué prolongar esta digestión de paisajista.

* * *

Volvamos a nuestra tierra guipuzcoana.

Tres zonas topográficas la caracterizan de Norte a Sur. Tres cuencas hidrográficas la dividen de Oriente a Occidente.

Tenemos la zona de **Goterri**, la zona de **Beterri** y la zona de **Itxas-alde**. Tenemos la cuenca del **Oria**, la cuenca del **Urola** y la cuenca del río **Deba**. Cada zona y cada cuenca tiene su faz diferente, su paisaje propio, su matiz dialectal, sus hábitos, sus virtudes, sus defectos.

Cada uno de los tres cursos de agua parece corresponder a la triple división que de las tribus pobladoras de la Guipúzcoa de aquel tiempo hacían los historiadores romanos: **Vascones** en el valle del Oria, **várdulos** en el del Urola y **caristios** en los márgenes del Deba; y, cosa curiosa, andando los tiempos, aun esa misma clasificación de los tres valles, aunque sin una exactitud geográfica rigurosa, vino a distribuir la población eclesiástica de nuestros antepasados entre otras tantas diócesis, pues tuvo, como sabéis, la Sede de Bayona, hasta tiempos relativamente modernos, su jurisdicción sobre la zona Norte del primer grupo; la de Pamplona, sobre los fieles del segundo grupo, y la de Calahorra sobre los del último, para extenderse más tarde sobre toda Guipúzcoa.

El paisaje mismo, a poco que se observe, ofrece, como hemos dicho, una fisonomía de aspecto distinto en cada una de las tres cuencas.

Las fuentes del Oria y la parte inicial de este río, que yo, llamo de **Oro** (y nuestros mayores, al denominarlo río Amarillo, **oria**, parece que profetizaban su áurea opulencia), que yo llamo de oro por la incontable riqueza que sus aguas producen, el Oria, digo, al nacer, atraviesa un trozo de tierra áspera y triste, pero, apenas ha dejado atrás el oscuro boquete de Cegama, y comienza a abrirse sobre él el cielo luminoso de la Alta Guipúzcoa, una alegría de verdor palpitante le acompaña, para no abandonarle en todo su recorrido, como no sea en la breve y negra garganta de caliza que lo traga por un momento entre Bazkardo de Andoain y el llano de Lasarte. En el primer cuarto de su curso, nos ofrece el Oria el espectáculo admirable de Segura. Un anfiteatro de fondos jugosos y húmedos, de laderas labradas. Rojos, naranjas, carmines, vibrando entre los verdes blandos del cultivo. Casi en medio, una planicie estribada en un flanco. Sobre ella, alta, blanca y abierta, Segura, presidida por la iglesia y escoltada por nobles chopos castellanos. Oro, bermellón, malva y cobalto envía el último sol, de la parte de Cerain, a la mole del campanario. El camino real se enciende por fajas ardientes entre

las sombras, alargadas de los álamos. Mutiloa ha entrado en la penumbra transparente, y a lo lejos, muy lejos, con fulgores inauditos, centellea la aguja bellísima del Txindoki, la catedral de los pastores.

Y así después, el Oria. Las vertientes que presiden su curso ofrecen un aspecto de suavidad riente: laderas de cultivo que ascienden hasta las cimas en una policromía de verdes, rojos y grises de gamas claras; montes de perfil ondulado, sin quebradas ni contrastes; valles de ancho cielo hasta los cuales bayan los bosques de hayedos y castaños, y márgenes sosegadas, decoradas con la nota encendida de los chopos dorados. Es la zona de paisaje más amable y optimista de Guipúzcoa.

* * *

El camino de las aguas del Urola, en cambio, está envuelto en un velo de austeridad, acusado por el tono sordo y profundo del paisaje. Ya, desde su nacimiento, y a través del término de Legazpia, acompaña al río, hasta el claro de Urretxua-Zumarraga, la montaña de pastoreo, cenicienta y pobre, y apenas luego ha dejado atrás las laderas, ya más alegres, del Irimo y del Beloki, un estrecho corredor aprisiona sus aguas en el angosto lecho que dibujan las bases calizas del Elosu y del Izazpi, por entre los cuales el Urola se desliza en un recato penitencial, apenas interrumpido por la nota blanca de la casa de máquinas solitaria, que por un instante nos deja oír al paso la música temblorosa de sus turbinas. ¡Qué de recuerdos lejanos evocan estas viejas carreteras! Soy lo bastante viejo para guardar todavía en la memoria la resonancia del paso de aquellos coches-cestas de otro tiempo, pasando por debajo de Aizpurutxo, llevando a los agüistas de Zumarraga a Cestona...

Aquella cadencia en dos tiempos del tintineo de los cascabeles de las jacas de Jenaro, el cochero de Ugalde, era la nota particular de esta carretera, en el callejón de tres leguas, tan solitario y tan triste, de Urretxua a Azcoitia. Sobre la puerta de la central eléctrica había siempre una imagen en su nicho; en la puerta, un morroskito rubio; en el umbral, el guarda azcoitano, en mangas de camisa, golpeaba con la contera la suela de cañamo.

¡Qué encanto más recio el de estos valles profundos y húmedos del curso del Urola. Mirados desde lo alto, ofrecen un misterio cuajado de rumores y matices, que enmudecen la lengua del poeta y hacen temblar, impotente, la paleta del pintor, según la vista descende, en una mañana de esas de abril, por entre la mancha transparente de sus bosques en declive, salpicada del primer verde del año, que canta violento y triunfal en la punta de los hayedos, y persigue luego, a lo largo de la sinuosa garganta, la claridad de plata de los canales de agua, corriendo paralela a la cinta gris del camino real...

Llegado a Azcoitia, el valle del Urola se abre sereno, presidido por el gigantesco Izarraitz, "verde en la falda —en frase de Luis Coloma— como la vida en su primavera, áspero y ceniciento en la cumbre, como la vejez desengañada". Pero la paz del Urola no tiene aquí tampoco aquel sentido de alegría alada que haga recordar, por ejemplo, los fondos ingenuos de la vega de Amasa o las riberas de Zubieta, sino que está impregnada de una gravedad solemne, casi religiosa, cual si en el ambiente estuviera frotando un eco del espíritu inmortal de Loyola, que de una a otra ladera se transmitiría, repetido hasta el infinito, envolviéndola todo, penetrándolo todo, montes, poblados, heredades y caserios, fábricas y templos, e infundiendo a la faz de la tierra y a la faz de sus moradores ese continente de madurez sosegada y fuerte que el suelo y el hombre conservan alrededor de la cuna del más glorioso de los hijos de la raza.

Más alla de Azeitia, hasta Cestona, el Urola se impregna de nuevas sombras al acercarse entre sí las vertientes boscosas por donde discurre, y el tinte de melancólico recogimiento no le abandona ya hasta que, franqueado el paso de Aizarnazabal, se despereza en graciosa curva en el risueño circo de Oiquina, antes de deshacerse en la inmensa claridad del bellissimo estuario zumayano.

* * *

El tercero de los valles de Guipúzcoa, el Deba, tiene, acaso, el carácter más particular y diferenciado. La vegetación es en él más sobria, los verdes más negros, la tierra más desnuda, las peñas más violentas, el curso de las aguas más angosto y atormentado.

Los flancos de sus montañas, salvo en el claro que va de Gatzaga a Mondragón, que recuerda, por su jugosa suavidad verdeante, un trozo del Oría; exceptuando también el llano de Zubieta, en Vergara, bajan hasta el río en taludes verticales y sombríos de dura caliza, cubierta de oscuros chaparrales. El cielo se contrae sobre el cauce, las nubes se traban en las alturas, y la bruma permanece pesada, sumergiendo los poblados. Es la cuenca de carácter más recio y norteño de las tres cuencas guipuzcoanas, lo más opuesto a la visión acogedora de la Guipúzcoa vascónica, empapada en la paz de sus campos.

Mendaro, en el Deba, es para mí la síntesis de aquella cuenca. Mendaro bajo la lluvia se me representa como la idea más acabada de sensación de **intemperie**: ninguna conozco comparable a la que cien veces he experimentado, bajando de Alzola a Azpilgoeta, entre chubascos invernales. Las faldas peñascosas se echan encima con sus jarales chorreantes, que las cubren desde el río al cielo como una cabellera salvaje, en la que brillan con reflejos de acero las calvas negras de las canteras de ofita. Todo es allí de tono intensamente frío. Los pintores lo entenderán si les digo que hay que emplear allí la extrema izquierda de la paleta.

El alma de hierro de la hermana Vizcaya penetra aquí en el ambiente y en la raza. Lo revelan el lenguaje de los hijos del Deba, su modo de vestir, sus costumbres, la traza de sus moradas campesinas. Vizcaina es la dominante dialectal del valle del Deba, comenzando por la fonética, que pronuncia la *j* mojada, y las flexiones, propias de aquel dialecto, del verbo auxiliar **izan**. Vizcainizan los montañeses y ribereños del Deba en su vestido, diferenciándose, por ejemplo, de los centro-guipuzcoanos, en la ausencia completa de la blusa negra, y el uso, en su lugar, de la **túnica** (tunikia, como la llaman en Eibar), de la túnica vizcaina de tonos claros. El baile de sus romerías campestres es la **trikitiza**, con el pandero, desconocido en el resto de Guipúzcoa. Ella es, en fin, la tierra guipuzcoana donde más coincide, con la morada del campesino occidental, la clásica fachada del caserío abierta con el arco dovelado de medio punto.

El morador del Oría, en cambio, es lingüísticamente afín del navarro, con el que cambia recíprocas influencias a través de los puertos de Etxegarate y Lizarrusti y de los valles del Leiza y del Araxes. Las desinencias verbales son aquí las vascónicas, por llamarlas así, o sea las que se tienen por propiamente guipuzcoanas, y ocurre otro tanto con el léxico y la pronunciación, si bien, en orden a esta última, es de notar la clásica diversidad, dentro de la misma cuenca, que existe entre el **Goierrri**, o tierra alta, y el **Beterri**, o tierra baja.

En Goierrri, la pronunciación es más abierta, menos concisa: no moja los

sonidos; alarga las vocales, y el artículo determinante **a** se convierte allí en **e**: “**Ogie ekarri zoon**”, “**Billprankako periin erositako beie**”, dicen y pronuncian en Isasondo e Idiazabal. En cambio, desde Tolosa a Orío, se dirá: “**Ogiya ekarri zuen**”, “**Billprankako periyen erositako beya**”. Mucho se ha discutido en el comentario popular acerca de dónde corresponde, sobre el Orío, la frontera del Goierri. Yo creo que la cuestión no admite duda: oyendo hablar a sus habitantes, pronto se comprueba que la muga está entre los términos municipales de Alegria y Tolosa.

* * *

Y vamos con la población del Urola. El habitante de esta cuenca central, ¿de cuál de las otras dos que la flanquean recibe mayor influencia? ¿A cuál de las dos se parece más?

Indudablemente, al morador del Oría. Tiene de común con él el verbo y el léxico, y tan sólo una imperceptible tendencia a suavizar la **j**, al modo eibarrés, que se nota en Azpeitia y Azcoitia, así como el uso del **erak** y **eurak**, por **berak** (ellos), acusa un leve aporte del dialecto vizcaino. Por lo demás, ninguna diferencia etnológica entre ambas cuencas, paralelamente comparadas. El mismo es, en una y otra, el tipo de casería, el vestido masculino, las costumbres, el folklore; ninguna nota apreciable les distingue en este orden entre sí, considerándolas a alturas equivalentes de los respectivos valles.

Lo que en sus matices morales clasifica realmente al guipuzcoano, no ya de los dos valles citados, sino de los tres, no es la división, por llamarla así, **vertical**, que sigue—como lo hemos hecho hasta este momento—el curso de las aguas, sino aquella otra que denominaremos **horizontal**, y que corta perpendicularmente y por zonas definidas de **altura**, **tierra baja** y **litoral**, el mapa de Guipúzcoa. De esta manera aquí, como en todos los países de la Tierra, los rasgos diferenciales de orden espiritual y moral, que distinguen, de uno a otro hombre, al morador de la montaña, al morador de los llanos y al que habita junto al mar, están distribuidos entre el **Goierri**, el **Beterri** y el **Itxasalde**.

Pero, entendámonos. Al hablar de matices de orden espiritual y moral, debo consignar que me refiero concretamente a las virtudes o cualidades que podemos llamar **naturales**, y a sus correspondientes defectos; en modo alguno a las virtudes **sobrenaturales** que Nuestro Padre Celestial comunica sin acepción de latitudes ni de climas a todos los hombres que viven, como el guipuzcoano genuino, sea de la zona que fuere, la vida de la verdadera fe.

* * *

Laboriosidad.— He aquí una nota común a todas las comarcas de Guipúzcoa y que honra en el mismo grado, ante sí y ante todo el mundo, al pastor de Urbía como al labrador de Beizama; al carbonero de Berástegui como al arrantzale de Guetaria; al artista eibarrés como al forjador de Legazpia. ¿Habrá necesidad de que insistamos en esto?

Lo mismo que la de su laboriosidad, hay otra nota proverbial que caracteriza en todas partes al guipuzcoano: el culto a la autoridad, su respeto a la jerarquía, y muy especialmente esa dignísima cortesía recíproca existente entre sus clases sociales, como elementos igualmente nobles, procedentes de un fondo histórico que desconoció las diferencias feudales.

Claro está que aquí también, como en otras partes, el elemento popular

continúa en general definiendo como "caballero" al hombre de la ciudad, que viste sombrero y corbata; pero aun aquí, del concepto y de la actitud respectiva que el aldeano y el pescador—por ejemplo—tienen ante el **caballero**, se pueden observar matices diferenciales curiosos. Vaya una anécdota.

Mi finado amigo, el pintor don Rogelio Gordón (que siempre vistió sombrero: su fieltro gris lo recuerdan todos), me contaba que una tarde de verano se encontraba él en la punta del Muelle donostiarra, presenciando entre los Veraneantes las evoluciones de los arrapiezos nadadores, dedicados a la pesca submarina de las monedas que les lanzaban los forasteros...

—¡Caballero! ¡Una perra al agua! ¡Ya sacaré con la boca! ¡Caballero!, gritaban desde el mar las chicos nadadores de la **kaya**.

En esto, desde el agua, uno de ellos, comenzó o dirigirse a Gordón y a importunarle:

—¡Caballero, una perra al agua!, ¡Caballero! ...

Pero en aquel momento, oyó don Rogelio que otro de los nadadores le increpó al primero, diciéndole:

—¡Ixilik ago, babua! ¡Au ez-dek kaballerua, au **emengua** dek, eta! (¡Callate, majadero! ¡Si este no es caballero: este es DE AQUÍ!).

Rara vez, o nunca, el pescador tendrá por **caballero** al elemento indígena, por bien vestido que vaya, si lo conoce como **de aquí**.

Prosigamos con las notas diferenciales.

Previsión.— Aquí se impone una acusada clasificación de nuestras gentes. La gran división se establece, primero, entre el litoral y el interior; después, en menor grado, entre el Goierri y la Baja Guipúzcoa.

El pescador no ahorra. No ahorra en la costa guipuzcoano ni en ninguna costa del mundo. ¿Qué queréis que ahorre el pobre **arrantzale**, como no sea su propia existencia a la voracidad trágica del mar, cada día más avaro y exhausto? ¿No véis cómo aquí mismo, con angustiosa frecuencia, se debaten armadores, patrones y tripulantes, buscando dolorosamente, los unos la solución del hambre y los otros la solución de la ruina?

El labrador, ahorra. Si no lo hiciera, el casero vasco, el casero guipuzcoano no existiría, porque habría desaparecido el caserío. El caserío forma una verdadera hacienda independiente, una economía redonda, sean o no, la casa y sus tierras, propiedad de quien la habita, y es evidente que no cabe hacienda sin fondos de explotación.

El sentido, pues, de su rústica gerencia, la noción de su responsabilidad de jefe de familia, cuando no es, además, ama de la casa que recibió de sus mayores y ha de transmitir intacta al heredero elegido, hacen del labrador nuestro un económico. Pero no un avaro.

Es cierto que el pescador aparece más generoso que el casero, pero ello se debe, como se deduce de lo que acabamos de ver, a la diferencia radical de sus sistemas económicos familiares, sin tener en cuenta, por añadidura, que el género de vida del mareante, rodeado de azares, le impeie, por curiosa paradoja, a la imprevisión más abierta, pues es un hecho siempre observada, que todo aquel que voluntariamente acepta una vida de riesgo constante, es el que menos se cuida de prevenirse contra el riesgo. En suma, y esto es lo que quería deciros, el casero no es tacaño: por ser previsor, y si le cuesta soltar la moneda, da con facilidad la especie. Tengo la seguridad de que si, por ejemplo, el día de mañana, la autoridad eclesiástica dispusiera que la contribución de las feligresías campesinas, al sostenimiento del Culto y Clero, se percibiera en frutos de la tierra, la aportación del casero sería verdaderamente espléndida, cosa que acaso no podría decirse ahora que los donativos vienen en numerario.

Ahorra más, indudablemente, en proporción a sus ingresos, el labrador de la Alta Guipúzcoa que el de Beterri, y más todavía el de la región central, eminentemente agrícola y alejada de las zonas mixtas de laboreo e industria, que el baserritarra vecino de estas últimas. Es ley universal de economía. El mayor contacto con el dinero circulante, va desvaneciendo poco a poco el respeto que tradicionalmente le guardaba el campesino. La **quincena** de la fábrica, la moneda fresca, en una palabra, es la causa de este progresivo despegue.

Pero, el mayor enemigo del ahorro guipuzcoano es —confesémoslo con dolor— la bebida. Viejo pecado de la raza, es la nota que nos obliga a bajar, avergonzados, la cabeza, cuando otros pueblos más sobrios nos señalan en este aspecto con el dedo. Y no sólo es el enemigo del ahorro, sino, lo que es más serio, también el introductor de esa modalidad disoluta que entre nosotros se resume en los dos tipos representativos del vasco degenerado: el **alproja** y el **kirten**.

Es hora de que nos demos cuenta de las proporciones del peligro y acudamos a ponerle remedio. No basta decir que el alcoholismo es el defecto de los pueblos ricos. Hay que añadir con valentía que es también el camino más seguro para que a la larga dejen de serlo, por el itinerario de la degeneración de sus hijos. Yo he solido pensar en ello, más de una vez, cuando he presenciado, en una taberna de aldea la desoladora escena de los dos bebedores, acodados a una mesa cuajada de círculos violáceos de morapio, mirándose con los ojos brillantes, mientras se lanzan balbuceando sus estúpidos versos. No pocas veces se alega, en guisa de disculpa, la resistencia inaudita de estos valientes y su poder de reacción vital cuando, al retirarse a la madrugada, después de la **gau-pasa** o velada tabernaria, caían rodando en la hierba, para levantarse más tarde, como nuevos, tonificados por el rocío, acudiendo a la heredad o al taller a comenzar la jornada. Pero también he recordado, a mi vez, el final inevitable de muchos de estos **alprojas**, acabando miserablemente, colgados de una viga o en el fondo de un arroyo, después de haber arruinado la hacienda familiar.

Pero no recarguemos las tintas ni atribuyamos al casero la primacía en el beber. Lo contrario es la exacta verdad, de tal modo que, apartando las excepciones degenerativas, se puede afirmar que la clase social entre nosotros la más sobria es el aldeano, a condición de que no se halle contaminado por la proximidad de los grandes centros urbanos. Ved un caso entre cien:

Yo he conocido una familia casera, compuesta de "etxe-jaun" con nueve hijos —seis de ellos sólidos varones— en cuya casa, en quince años por mi presenciados, no entró el vino, hasta que el anciano padre enfermó. Colonos pobrísimo antaño, a fuerza de economías y de vida ejemplar, con una sabia ordenación del respectivo trabajo del mayorazgo y de sus hermanos, aquél, intensamente en las tierras, y éstos, alternando la heredad con el taller, esta familia se hizo entonces dueña del caserío por poco más de cuatro mil duros. Hoy, con el aprovechamiento de sus aguas y el rendimiento de sus bosques y pastizales, esta propiedad se valoraría en sus buenos cientos de miles de pesetas.

En cuanto a los cadetes de esta casa, su historia, nada singular en Guipúzcoa, se resume así, veinte años después de su separación: el segundo de los hijos casó con la heredera de una casería del valle; el siguiente, es dueño de un próspero comercio en una Villa próxima, y los tres restantes, ayer hábiles obreros, son hoy reputados fabricantes, exportadores de la "Ope-

ración G". A este tipo de aldeano de Guipúzcoa, mucho más común de lo que se cree, sí que podemos llamarle **caballero**, a pesar de **ser de aquí**...

* * *

He aludido antes a los grandes centros y a las zonas industriales de Guipúzcoa, y esto me lleva a formular una pregunta: El progreso fabril de nuestra tierra, ¿es un bien o es un mal?

Yo digo, sencillamente, que es una peligrosa necesidad.

Un peligro, si los responsables de la evolución industrial proceden a fomentarla guiados únicamente por un criterio materialista. Dadas las condiciones y posibilidades naturales de un pequeño país, como el nuestro, cuya vida depende de un necesario, de un inevitable complemento industrial, junto a su limitadísima potencia agraria, hemos de aceptar el desarrollo de sus industrias. Pero, ¡atención al modo de nutrir las del elemento humano! No vayamos a despoblar el agro propio, el vecino y el lejano, fomentando aturridos un aluvión migratorio hacia las fábricas y factorías. La ley del equilibrio social, y aun del económico, debe jugar aquí con prudencia. Está, a mi entender, esta ley, cimentada en la alianza sagrada de la tierra y de la máquina, inspirada en una sólida voluntad de defensa social, de defensa cristiana. Ni digáis que sueño. Esto que os digo es una realidad en más de un pueblo de Guipúzcoa. Oid —y con ello termino— la descripción que, como un grito gozoso del alma, me arrancó hace unos años la visión de uno de esos pueblos industriales, progresivo, cristiano y feliz, orgullo de la pequeña Guipúzcoa:

LA MAÑANA EN LA ALDEA

Mediaba la mañana de un claro día de enero, un día bonancible de luz tibia y brisa blanda, que se abría alegremente sobre la campina guipuzcoana.

Brillaba en las escarpas la nieve del Aitzgorri, herida de través por el sol ascendente, y más abajo, por laderas y lomas, ondulaba vibrando la perspectiva rosada de los hayedos. Más acá, todavía, las tierras de labor, trazadas en armiosos polígonos, se iluminaban de la claridad creciente, y al volar de la bruma cantaba en ellas una gama indefinible.

Los grises de la tierra, rojos y poderosos, entonaban el verde blanquecino de los trigos y el grito amarillento de los cuadros forrajeros. mientras los humos de leña verde de las cercanías caserías oscilaban sobre el fondo en azules supremos, impalpables y puros.

De la parte del Irímo, por la carretera blanca, llegó el carro del panadero. Sin prisa y sin demora, el carro del panadero embocó la calle del pueblo y paró junto al estanco, a la misma hora de todas las mañanas desde hace cuarenta años. El chico apretó el torno, colgó la brida, dió una voz hacia la tienda oscura, se apeó de un salto y abrió el toldo zaguero para sacar los panes.

En la atmósfera tranquila de la calle se difundió entonces el olor confortable del alimento cotidiano. Nada más a tono con el ambiente simple y grave del lugar, que aquella oleada de noble deleite traído a los sentidos por el aroma del pan caliente, por la traza dorada de las hogazas, por el crujido de la bien tostada corteza. Después de todo, en ganar aquellos panes se cifraba el afán de una mañana de las gentes de la aldea, ellos eran la razón de aquel silencio en la soledad de la vieja calle, y a la vez, del

hormigüeo de los "gizones", entre el estruendo de los martinets, allí más lejos, de las fraguas.

Junto al celemin y a los sacos de habas, un gato rubio dormía en la banda de sol que corría por el suelo de la tienda frontera, hasta el mostrador, forrado de zinc y claveteado de duros falsos. Los rústicos cajones rebosaban la harina de maíz, el salvado, los granos y los piensos; del techo, alternando con mazos de cuerda, colgaban oscuros quesos de Urbia, relucientes de grasa, y en el fondo, un pellejo ceñido de esparto inclinaba flácido el morro de caña sobre el barril de los arenques.

A lo largo de la calle alternaban las casas de arquitectura diversa. Dominaba el tipo de "kale-baserri", con amplio portal de piso de tierra y apeiros en los rincones. Una, de vieja piedra y rico alero tallado, ostentaba sobre la dovela alta de la entrada un anagrama arcaico y una sentencia de la Escritura. Junto a la casa, el viejo boticario leía el periódico a la puerta de su oficina. Esta puerta de la farmacia, la que daba a la calle, no se abría jamás; había otra, por dentro del portal, con una taquilla, y enfrente, un banco para esperar. Arriba sonaba en el piano una lección de Carpentier.

El miquelete, con los pleigos de la "vereda" en la mano, cambió unas palabras dignas con el rollizo barbero, que cosía alpargatas, a caballo de su banco pulimentado, y abrióse en esto la puerta de la confitería, y de lo profunda del taller llegó, repentina, una estimulante bocanada de ese aroma de "obrador" de chocolatero —unas veces cacao, otras veces cera, otras todo ella junto— tan característico entre los aromas profesionales del cuadro de oficios sosegados del vasco de pueblo pequeño.

Subió todavía el sol, hasta enfilar todo la larga de la calle, y al caer pausado el Angelus meridiano desde la vecina torre, por entre la oleada sonora, alzóse en esto un grito largo de sirena, y por el camino real, desde la metalúrgica, la papelera y la tejería, comenzó a venir hacia el pueblo, con la blusa al brazo y la chaqueta a un hombro, la alegre legión de trabajadores. Eran los mozos segundones del caserío. Ni un grito, ni una carrera, ni un ademán violento rompían la serena dignidad del desfile; nobleza campesina brillaba en los semblantes; en los brazos desnudos, un vigor de linaje, y en los corazones, la paz bendita.

La calle, un momento, se puso negra de gente; niños y hombres fueron luego desapareciendo por los zaguanes. Un vapor insinuante, succulento, espléndidamente simpático de puchero, invadió el espacio, y en aquel momento de la bendición de la mesa, el viajero, desde la calle desierta, se asoció con toda su alma a la oración que subía de las humildes moradas, y pidió a Dios paz, bendición y bienes para los buenos "nagusis" y honrados "langilles" de la pequeña villa gipuzcoana, que en grato acorde de aspiraciones, con un sentido profundo de colaboración cristiana, habían realizado la alianza armoniosa de la tierra y de la fábrica.